

Cuentos y poemas

por Rita Landín Guimerans

Juan de Dios

Don Policarpio, hombre sencillo, de poco hablar, sesentón, pelo cano, barba ídem, paso lento, algo inclinados los hombros hacia adelante, ojos chicos, claros, boca pequeña, orejas algo grandes, nariz chica, tez blanca, altura uno setenta y algo, bien derecho. Su habla era castiza, cuidaba su lenguaje y lo enriquecía con lecturas. Desdeñaba el habla vulgar, por eso hablaba con sus coterráneos que vivían en una especie de aldea del interior del país.

Sus costumbres eran las de su tierra. Por eso en su casa no había mate. Sí había cuencos para beber el chocolate antes de dormir y el té en la mañana.

En su jardín no escaseaba el romero, la mejorana, la lavanda, entre claveles y otras flores. A veces algún vecino se acercaba a su casa, desde donde resonaban guitarreos alegres y sonoros que llenaban el aire dominguero. Tocaba la guitarra como el mejor. Pero a nadie se la prestaba, era su tesoro. Daba plantas, hacía favores, era atento y servicial.

Cierto día, Don Nepomuceno le pidió si no podía ir a lo del compadre Juan De Dios Del Puerto que estaba muy enfermo. Don Nepomuceno no podía ir, pues era lejos y tampoco andaba bien. Así, Don Policarpio tomó nota del lugar donde debía ir y allí se dirigió.

En el pueblo oía a los vecinos viejos decir “Ave María Purísima” “Buenas y Santas”. Él era más clásico: “Buenos días tenga usted” “Buenas noches y bellos sueños”.

Llegó a la zona. Le indicaron cómo llegar a la casa buscada: “Al costado de la loma, golpee y llame desde la portera de entrada, por los perros, sabe Don”.

Llegó, golpeó y no salió nadie. Golpeó otra vez y dijo: “¡Vive Dios! ¿Hay habitantes ahí?”

Medio desconfiado se asomó un mozalbete y le dice:

-Cómo no va a vivir, Don. Juan de Dios está vivito y coleando como usted.

Luego de dar el mensaje del vecino que lo envió, regresó a la aldea.

Don Juan de Dios vive y está mejor. Vuestra merced, puede estar tranquilo.

Historias de tierra adentro

Fiesta en “El boniato diet”

Allá por tierras del Ñandú con Andador había un establecimiento importante, sede de eventos de la zona: “El Boniato Diet” Su dueño, adinerado, era alto, morocho, cejas pobladas, bigote, orejas

grandes, cara colorada, curtido por muchos soles. Creía en Dios y en Mandinga, lobizones y otras cosas. Siempre el ajo colgado detrás de la puerta pa correr al diablo. Era amistoso, alegre, dicharachero. Su esposa, Rosa Espinosa, morocha, estatura regular, callada pero siempre pronta a dar órdenes para que todo marchara bien. Tenía amistades en la zona, a veces se reunían en eventos, o para hacer artesanías que luego vendían.

Ella, su esposo Don Elvino García de la Viña y sus cuatro retoños eran una familia respetada en aquel lugar de pocos habitantes.

Cierto día, se debía festejar el aniversario de “El Boniato Diet”. Meses antes se empezaron los preparativos. Lista de invitados, menú a realizar (empanadas, vino y agua), acondicionamiento y adorno del local, pintura, etc. Se contrató personal de la zona para todo eso, pero faltaba una especie de coordinadora general para ayudar a Doña Rosa. Le recomendaron a Dolores Pinal, extranjera ella, con gran capacidad de trabajo y casi sin instrucción, pero obediente, callada. De estatura baja, era muy dinámica, algo gordita, cara redonda, blanca, ojos grandes algo saltones, boca grande, cabello negro recogido en un alto moño. Siempre vestía pollera, medias, zapatos bajos, blusa de manga corta, y un infaltable delantal entero, cruzado atrás y algo más abajo de las rodillas.

El día anterior, Doña Rosa dijo a Dolores que alistara mesas, floreros, cubiertos, etc. Allá iba Dolores poniendo bonitos manteles de coloridos cuadros en las mesas de ocho comensales, servilletas acordes, y todo lo demás. Agregó recipientes con sal, pues vendrían comen sales. Sus ocasionales patrones, Elvino y Rosa, a último momento le avisaron:

-Dolores, además del vino disponga agua embotellada fría, en cada mesa, diez minutos antes de que llegue la gente mañana. Ah, y dijeron que traerían quelonios de regalo así que prepare para ellos también.

La empleada se salía de la vaina por cumplir.

Llegó el esperado día y Dolores le dijo a Paco, uno de los trabajadores:

-Paco, ayúdeme a buscar jarras de agua del manantial. La patrona quiere agua embotellada fría, pero no encuentro tantas botellas, así que lavé las jarras de la leche del merendero de al lado, y pondremos “agua enjarrada” fría. Además se precisa agua para los floreros, dicen que los visitantes traen quelonios ¿qué flores serán.

Y se hizo la fiesta.

Dolores, desde la cocina, trataba de saber qué pasaba. Oyó que una voz de muchacho decía a su patrona Rosa Espinosa de la Viña:

-Señora ¿dónde dejó estas preciosas y enanas tortugas africanas? Son delicados quelonios, deben estar a resguardo pues las pueden pisar.

Qué decirles del sentir de Dolores Pinal. ¿Los quelonios no eran flores?

En eso aparece su patrona en busca del agua mineral.

Luego de aclarado todo y de que en las mesas estaba el agua embotellada y no enjarrada, Dolores saboreó empanadas frente al portal, a la sombra de parrales, viendo a sus recién descubiertos quelonios.

En unas horas había aprendido mucho. Volvería a trabajar con Don Elvino y Doña Rosa, a ese tren pronto tendría sapiencia y sería una señora como Doña Rosa.

Don Pepe

Vivía en un pequeño y casi desconocido pueblito, Pentecostés Pérez. Su nombre (ritual de su época) provenía del calendario. Pero a él le decían Pepe, por sus iniciales. Sus costumbres y gustos eran sencillos.

Su fiel compañero era el mate. Oficio: peón de estancia. Estado civil: casado con Casilda Silva de la cual esperaba para invierno, su primer hijo. Personaje admirado: el boticario del poblado. Este tenía un local, especie de Botica y/o Herboristería, donde se hallaba de todo. Además el boticario sabía todo. Pepe lo escuchaba con atención cuando iba al lugar. A veces mateaban un rato, en horas libres. El saludo era ritual de acuerdo al rango del admirado: “¿Cómo anda, Don Boticario?”

Y así, entre trabajo, mate y tortas fritas, pasaron los días. Se vino el invierno y el 25 de agosto nació el gurí. Saludos de aquí y de allá, de vecinos y amigos, y la pregunta de rigor: “Don Pepe ¿qué nombre tendrá el gurí?”

A Pepe le brillaron los ojos y demoró en responder. Pensaba, pensaba así.

El calendario decía Independencia Nacional. Y el gurí era varón, ese nombre era de mujer. Por la carretera había visto hacía días carteles. Él leía muy poco, delectando, así que leyó el final de cada cartel. Todos decían B.P.S. Se le iluminó la mente y dijo:

-Ya tengo el nombre: Boticario por Don Boticario, el mejor del pueblo, Pérez por mi parte y Sosa por parte de ella. Boticario Pérez Sosa, sí señor. B.P.S. Y tendrá sobrenombre como yo: Bepese.

Al fin Independencia es nombre de mujer, y Nacional ¿por qué? Yo soy del club El Potrero Rebelde, que fundamos con Don Boticario. Ni siquiera soy de Nacional.

Todo esto le dijo a quienes esperaban su respuesta

Y lo cristianaron como Boticario Pérez Sosa nomás.

Y a vosotros, que ahora conocéis esta historia, os prometo otras.

El Mojón Gringo

Mucho tiempo hacía que Venancio buscaba trabajo. Conseguía changas de corta duración que paliaban en algo sus pesares.

Se sentía solo, deprimido, angustiado. Sus amigos de la villa, estaban como él, famélicos y sin un peso.

En el campito donde jugaban los chiquilines del barrio, también se reunían ellos por lo menos una vez a la semana. Mate por medio, cada uno contaba sus esperanzas, sus anhelos y/o sus mejoras parciales laborales.

Esa tarde veraniega estaban sentados a la sombra de los sauces. Y ahí llegó el último del grupo y

dijo:

-Muchachos, hay oportunidades en las chacras y otros sitios tierra adentro. Se precisa saber algo de plantas, árboles y bichos.

Venancio se interesó, él sabía de plantas del terrenito de su casa y de bichos: gallinas, patos, perros.

Y así supo dónde ir. Fue a dedo y llegó. El capataz lo puso unos días a prueba. El muchacho era cumplidor a carta cabal, callado y fiel.

Pasó el tiempo. Un día había que alambrar el lado sur del lugar. Antes debían hallar los mojones.

Venancio, ensilló el pingo, andó al sur, por el arroyo, y buscó el mojón.

Venancio no quería perder el trabajo. Ya había mandado plata a su familia, a la villa, y pronto con su sueldo mandaría más. Así fue que cumplió la orden.

Galopó siguiendo el arroyo. Sus ojos miraban cada pastizal, cada piedra, todo.

De pronto vio un hombre sin camisa metiéndose en el arroyo.

-Don- le dijo- pare un poco.

El susodicho miró a Venancio sin entender y dijo algo en idioma gringo. Por segunda vez se repitió lo mismo.

Fiel, como siempre, regresó y dijo al capataz:

-Mire Don Prudencio, el mojón es gringo y está en el arroyo. Présteme el charret y se lo traigo, aunque sea maniatado- y sonrió contento.

Tomás Neta Casavieja y su empleo

La madre de Tomás, Doña Benemérita Casavieja, nació a fines de los años 30 en la Tercera Sección de Alí Caído, muy cerca de Sierra Aserrada.

Los padres miraban el almanaque de enero, día a día. Nacería en ese mes, la criatura. Después allá, por el 20 de enero, fueron a ver al más ilustrado del entorno. Tenía hasta el Texto Único y además cuarto año escolar aprobado.

El 26 nació la bebé, y según el “ilustrado” en un libro decía Fundación de la Benemérita ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo.

-Pá- dijo don Casavieja- si ponemos todo eso, se llena la libreta.

Así que le pusieron Benemérita nomás. Casavieja Del Río (por la madre). A los dieciocho años se casó con don Mario Neta. Al poco tiempo había varios hijos que crecieron al cariño de padres y abuelos. Tomás, Linda, Máxima, Justa y Bienvenida.

Tomás, el mayor, de muy joven salió a trabajar. Sacó documentos: cédula y credencia. A los 18, en setiembre, fue bautizado (doce grados había), en el arroyo, por un Pastor. Tomás no vio las ovejas, solo sentía que se congelaba. Pero estaba feliz de ser bautizado. Solo quedaba votar en noviembre.

El día del voto obligatorio y secreto sus padres y él fueron a cumplir con su deber.

El Tomás se tomó su tiempo. El sobre tenía una tirilla con un número de tres cifras. Si los de la mesa lo memorizaban, sabrían a quién votó y ¡adiós secreto!- pensaba.

Entró al cuarto secreto y buscó “el pasaje secreto” o algún lugar para esconder la tirilla. No había nada. Reaccionó cuando el presidente de mesa, desde afuera, le decía que saliera. Salió, tuvo que cortar la tirilla y ¡Oh! Iba aparte ¡ya no sabrían por quién votó!

Al otro día fue al pueblo por un trabajo diferente al del campo.

“Comercio de ramos generales necesita empleado”

Llegó con sus documentos y observó todo lo que había: ropa de mezclilla, comestibles, grapa y otras yerbas. Ramos no había.

Al otro domingo volvió al pago. Pasó por la quebrada Cabo Suelto de la Amarra y siguió de a pie por entre la vegetación. El pingo quedó atado de un árbol. Había letreros por allí: General Casimiro Moro de la Costa. General Ramón Atural de Flores y otros más. Se le iluminó el cerebro. Cortó flores, enredaderas, ramas. Cargó todo y volvió al caserío.

El lunes volvió al trabajo con todo y dijo al patrón, don Otto Mann Rojo, europeo él.

-Patrón, traigo ramos de generales que aquí no tiene.

Don Otto lo felicitó en su poco legible idioma criollo. Al poco tiempo lo hizo socio. Era el 28 de febrero de los años cincuenta y pico. El comercio, por supuesto, se llamó Asencio, como dicen los libros. Si gritó Don Asencio o no poco importaba, motivos tendría, por eso le pusieron solo Asencio.

Si pasa usted por esos pagos, llegue nomás que Don Otto y el Tomás lo atenderán de lunes a sábados. Como dicen ellos: Para servir a Dios y a usted, aquí no falta nada, lo atenderemos de lo mejor.

Don Pascual y el dolor de oídos

En un poblado perdido entre sierras “La Campana de Portera” sucedieron muchas cosas. Os contaré una de ellas, con final feliz.

Pascual, oriundo de ese pago, hacía días que sufría dolor en un oído. Era verano, pero el dolor no lo dejaba bañarse en el arroyo, como días atrás. Fue a ver a Doña Rosaura, que curaba todo mal. Ella lo miró, miró bien la oreja de cuyo interior provenía el dolor y en ese tiempo pensó.

Por T.V. (ya había cerca de allí) en casa de la Comadre Salvadora, vi que en la Capital está la Maga Zine, pronto vendrá aquí también, debo cuidarme de la competencia.

Y respondió a Pascual: - Mire Don, debe ir al otorrino, yo no lo puedo sanar.

Don Pascual se fue pues a averiguar dónde estaba el Oto Rino. Y supo que vivía en el pueblo, lugar céntrico casi, vivía el Oto.

Montó el overo y partió. Lo encontró tomando caña a la entrada del poblado.

-¿Es usted Oto Rino?

-Sí, señor, para servirlo ¿qué desea?

Después de oír a Don Pascual, sin reírse de su inocencia, lo derivó al hospital local.

Ya cansado llegó Don Pascual. Lo atendieron en Emergencia. Le sacaron una diminuta piedrita, que seguramente había entrado cuando se bañaba y zambullía en el arroyo.

Lo vimos, ya curado, allá en el pago. Fue a la Iglesia y dio gracias a Dios. Así lo contó el Padre Leandro Medario de Díaz. Yo lo oí también, y os lo he contado aquí.

Nombres modernos

Sucedió en la familia de Ascensión Santos y su esposa Pancracia de la Tierra. Ninguno de ellos estaba conforme con su nombre, obtenido de calendarios de otra época.

Ahora sí, esperaban su primer hijo y nada de nombres viejos, le pondrían uno de ahora. El la T.V. (que había llegado al barrio de su poblado lejano), oían John, Walt, Frank, entre otros. Sonaban a gringo.

Fue por esa causa que Pancracia dio el visto bueno a Ascensión para buscar nombres modernos, y justo al otro día llegó el varón esperado.

Fue el padre a anotarlo y volvió contento. Doña Pancracia leyó, deletreando casi, con dificultad, los nombres, una y otra vez. Tenía solo meses de estudio de primer año.

Áloe Colágeno Santos de la Tierra, se llama la criatura.

Los hermanos Tevé y Veve

Los hermanos Teófilo y Venancio Ventura Da Luz vivían tierra adentro desde su nacimiento. Se llevaban un año de edad. Pronto habían quedado sin padre, y Doña Venancia, viuda, los sacó adelante. Era cocinera de la estancia, casi sin horario. Cumplidora, honrada, callada, respetuosa. A sus dos retoños los mandó a aprender lo necesario: las letras, los números, sumar y restar. Así Tevé y Veve podían defenderse más adelante.

De gurises ya conocían tareas camperas: ensillar, esquilas, ayudar en la yerra (prendiendo el fuego), pastorear.

Crecieron sanos, trabajadores de ley. Ya había televisión en el pago y así tenían más información, cuando podían vislumbrar algo.

Teófilo y Venancio oían y veían cosas nuevas. Tevé escuchó la palabra parámetros en un discurso político ¿Qué sería eso? Y Veve la palabra parquímetro y hasta vio un aparato en una vereda por T.V. Querían mejorar sus ganancias escasas, y Tevé le dijo al hermano:

-Mirá Veve yo voy a ir a Buenos Aires a probar suerte. Tengo ahorros y el viaje sale poco.

Y llegó el día en que Veve le dijo: Tevé, felicitaciones, hermano, saqué la lotería, yo me voy al norte.

El tiempo pasó. Dieron pesos y besos a su madre, se despidieron de sus allegados y documentación en mano partieron por tres meses a probar suerte.

Tevé, contento en un sitio donde hablaban su idioma, hacía changas y marchaba bien.

Veve extrañaba la tierra. Rascacielos, casas de muchos pisos, semáforos, gente, gente y más gente hablando gringo. Trabajaba igual, sin papeles, de ayudante camarero y lavaplatos en un bar restaurante. Recibió carta de Tevé, quien luego del consabido deseo que estés bien, etc., le decía con pésima ortografía y grafíam algo así, en nuestro idioma:

Extraño el pago. Quiero trabajo en un parque al aire libre. Aquí hablan gringo y no sé dónde dan ese trabajo de PARQUÍMETRO, o sea cuidador de parques. Y si no, vuelvo al pago.

Más pronto que ligero Veve le contestó que a él le pasaba igual. Nadie le podía decir dónde vendían PARAMETROS, y él quería viajar en metro, que era más barato. Pero ¿cómo los paraba? Eran eléctricos. Con ese señalero parámetros podría subir y ahorrar pesos en los viajes.

El original de las cartas es ilegible, pero ese es su contenido. Los dos hermanos viven en el pago de nuevo y ya piensan casoriarse. Aún tiene ganas Tevé de conocer aunque sea por foto el famoso Cañón del Colorado. Debe ser grandote y estar en algún cuartel de allá. Lo manejará un pelirrojo. También supo de Santa Bárbara, California. Esa Santa sería de la guerra, sin duda.

Dejó de meditar, preparó el mate y a la sombra del ombú lo compartió feliz, con tortas fritas, con el Veve.

I.D.O. Y D.D.T.

I.D.O. Y D.D.T. Son hermanos. Viven en Negro Rincón pero van al poblado todos los días. Ícaro Díaz Orli y Dédalo Díaz Tabárez. El padre es Don Félix Díaz, pero las madres son distintas. Pero a los nenes los llamaban por sus motes, producto de las iniciales: el Ido y el Dedeté. Crecieron sanos y fuertes. El Dedeté era más vivaz. El Ido sabía trabajar duro y razonar, poco.

El Dedeté fue a probar suerte a otra región y trabajaba en una ferretería. El Ido siguió en tareas rurales.

Pasó el tiempo y éste fue a visitar a su hermano, a conocer el lugar de trabajo, y a traer productos para fumar, según le pidió el capataz.

Cosa poco común, una mujer estaba al frente del negocio, Los Clavos del Destino, Doña Clara Boya de Casavieja. Don Casavieja había ido por mercaderías a la capital con el Dedeté. Ido dijo si podía mirar lo que le pedía el capataz. Doña Clara asintió y el Ido miraba cada lata, cada paquete. Y tomó uno que decía D.D.T.

-Pa, Doña, esto debe haberlo hecho mi hermano, hasta tiene el nombre de él, el sobrenombre, pues él se llama Dédalo. Don Dédalo estaba en un laberinto en Europa pero ya salió, y mi padre por eso le puso ese nombre. Yo también tengo un nombre de las Europas.

-¿Ah, sí?

-Sí, Doña, pero ¿cuánto sale esto que hizo mi hermano? ¿o me lo regala, nomás?

-Dígame, Don, usted es ido, ¿no?

-¿Cómo lo supo? ¡Yo soy Ido, sí! ¿Me regala las cosas estas para matar plagas?

Doña Clara llamó a un guardia que estaba parado armando un cigarro, afuera, y le dijo lo que pasaba.

El Ido tuvo que decir su nombre completo, mostrar el pedido del capataz, etc. Todo se aclaró. Pero Ícaro se fue prometiéndose no volver por largo tiempo.

Le escribió a su hermano y al terminar le decía:

“Un abrazo de tu hermano Ícaro (es peligroso en tu pueblo usar sobrenombres)”

Don Serapio Del Corral y familia

Era Don Serapio Del Corral un antiguo vecino, nacido y criado en la Cuarta Sección de Platón Esmaltado, casi lindando con Narciso Blanco. A su primogénito le puso su nombre y apellido. Había que seguir esa dinastía, su padre también fue Serapio Del Corral. Esta historia es del tercero en la línea. Peón de tambo, arriero, peón de chacra, etc. No le hacía hueco al trabajo, seguía ejemplo de los Serapios anteriores.

Una cosa sola lo diferenciaba. Reverenciaba cosas de su país como una religión. Se detenía, cuando podía, a observar el escudo en lugares públicos. Conocía de memoria cada símbolo, cerro-balanza-caballo-buey, el sol arriba asomando las ramas verdes a los costados, atadas con un lazo celeste ¿Por qué serían esas cosas y no otras las figuras de cada cuadrante del escudo? ¿Por qué las ramas? Un día en el que se paró frente a la escuela como tantas veces, se asomó el maestro, a quien Serapio saludó quitándose el aludo sombrero negro... y se hizo de coraje, y le preguntó todo eso que quería saber. Se fue contento y agradecido de su nuevo conocimiento. A los veinte años supo de las ramas de olivo (paz) y laurel (gloria). De vuelta al pago comentó con su esposa Doña Jazmín Amarillom su sapiencia. Ésta esperaba mellizos en pocos días.

Y nacieron los botijas (dos varones). Hubo que ir al pueblo a anotarlos:

Olivo Del Corral Amarillo
Laurel Del Corral Amarillo

Crecieron rápido, al amparo de padres y abuelo que en la cuarta generación no vio otro Serapio. La familia creció. El trabajo de Serapio tercero también. Ahora tiene los mellizos y dos nenas que se llevan 3 años con éstos, y 1 año entre ellas.

Por si van por allá, les doy los nombres de esa prole: Olivo, Laurel, Paz y Gloria Del Corral Amarillo. Los nombres de su parentela ya los conocen. Son amistosos, de poco hablar, respetuosos, trabajadores que honran a la Patria.

Personajes de mis barrios

El afilador de cuchillos

Se llamaba Ángel. Era casado. Estatura regular, delgado, pelo castaño corto. Usaba camisas de color claro y pantalones beige o grises con bajos (era la época) cinturón de cuero, zapatos con cordones o alpargatas de suela de yute. Asomaba por el cinto, en su espalda, el mango del naife (por deformación de *knife*).

Era obrero de Vidriosa, fábrica de vidrios instalada en la zona, y él era soplador. Parecía que ese oficio requería gente delgada. Iba temprano, caminando, a la fábrica. La jornada era larga pero a él le gustaba.

En su casa, chica, estaba Paloma Rosa, su esposa, su suegra, suegro y los hijos de éste, que eran tres. Ese hombre era viudo y se había juntado con la madre de Paloma, viuda también.

Él llegaba a comer algo y con el deseo de reponer fatigas. Pero ¿cómo? Todos discutían, los botijas no hacían caso a nadie y menos a él. Al cobrar la quincena había tregua. Con la plata fresca se calmaban los ánimos. Después, seguía todo igual.

Entonces empezó a salir los fines de semana al boliche almacén de la calle principal del barrio. En una rinconada había mesitas. Se tomaba caña, se jugaba al truco, se fumaba en paz.

El barrio era poco iluminado. Había algunos focos protegidos por una especie de plato blanco de aquel tiempo, que proyectaban luz a calles y casas. Estaban en las esquinas. Había radio pero no T.V., casetes, nada de eso. En su casa la radio emitía radioteatros casi todo el día.

La calle a veces daba miedo, de madrugada al ir a la fábrica, sobre todo. Por eso llevaba el naife. Y debía estar preparado.

Los sábados a medianoche volvía del boliche y en la esquina, en tres patas afilaba el naife en el hormigón. Salían chispas. Él se apoyaba en sus pies y mano izquierda y el acero brillaba, cortaba el aire, o un cabello. Se sentía seguro, fuerte.

Lo apodaron “el afilador” en la zona. Ya era famoso. Tenía dos oficios ahora, aunque cobraba por uno solo. De noche el naife estaba bajo la almohada del catre y Paloma y los demás empezaron a respetarlo. Descansaba bien. Total, el sábado venía en siete días más ¿a qué afligirse?

Nos mudamos a otro barrio y no lo vimos más. Su figura como la de otros personajes de otrora está fija en mí ahora que ya entramos en el siglo XXI y ya no veremos más Ángeles del Prado.

Cuidando el lechón

Benedicto del Carril era un vecino de la esquina de nuestra casa. Pasábamos por allí a buscar agua (una cuadra más allá estaba la canilla pública) a las seis de la mañana y lo veíamos, cultivando las plantas, en verano. En invierno lo hacía más tarde, y también nosotros pasábamos más tarde, cuando aclaraba.

Tenía gallinas. Vendía huevos y flores en la feria de los sábados. Se desempeñaba como obrero en una barraca, pero el tiempo libre era para la casa y su familia: Josefina, su esposa, y las mellizas Alba y Aurora, de quince años.

Benedicto era apacible, de poco hablar, trabajador honrado. Pero tenía su lado flaco. Era bebedor, una esponja para el tinto.

Doña Josefina, que dos por tres se atacaba de asma por diversas alergias, lo tenía cortito. Pero Don Benedicto se ingeniaba para beber el tinto. Ya estaba baquiano en eso. Antes de ir a trabajar iba a hacer los mandados al almacén de ramos generales. Mientras el despachante pesaba, fideos, gofio, café, etc., él tomaba de pie casi sin respirar el litro áspero, suelto desde una botella que le había servido el dueño del local. En la libreta se anotaba todo: el vino no, éste era al contado. Así Doña Josefina no se enteró de los litros bebidos por Don Benedicto a través de los sucesivos y diarios mandados.

Las mellizas tampoco lo sabían. Ellas cocinaban, ayudaban en tareas del hogar, traían la leche del Expendio Municipal a las 6 de la mañana. Los sábados con dos de sus tíos iban a bailar.

Un día Doña Josefina recibió un lechón, regalo de sus hermanos por su cumpleaños. El cuidado del mismo fue para el hombre de la casa. “Las mujeres no cuidan chanchos” decían. El cerdito pasaba horas atado junto a la potrera de madera y tejido, por por afuera pasaban carros que traían restos de verduras de venta callejera, y se las dejaban caer.

Terminó la primavera y el calor ya era sofocante. Doña Josefina tenía más crisis en su salud. Benedicto a veces dormía la siesta dominado por el alcohol y el calor.

-¡Cuidá el chanco! Lo pueden robar donde está- le dijo a él.

Benedicto se sentó bajo el sauce junto a la portera, y se caía. Se abrazó al cerdito y quedó dormido. Lo encontraron las mellizas que volvían de casa de amigas

-Papá, papá ¿qué te pasa?- repitieron dos veces.

Se despertó.

Aquí estoy, cuidando el lechón para comerlo en Navidad, gurisas.

Y así en Navidad hubo lechón al horno en la casa. Fue la última juntos. Benedicto del Carril dejó huérfanas a las mellizas de menos de dieciséis. El alcohol le mató el hígado- decían los vecinos- ¡Pobre don Carril, tan trabajador!

Por una planta

Basado en un hecho real

I

Hoy quiero contaros una historia de coterráneos que viven en Montevideo. Ellos son Alfonso Torres del Castillo y Narciso Blanco Seco. Se pueden comparar con borricos por su infatigable trabajo constante, Dios perdone la comparación. Son amigos entre ellos y sus familias.

Bajos de estatura , cabello negro y corto, rostros risueños, labios gruesos, dientes grandes, orejas tamaño común, manos callosas. Ambos tienen cuarenta y cinco años. Se viste como se estila por allá, en forma informal y juvenil, short largo, remera, gorro con visera, zapatillas en verano. Si hace frío (allí no hay nieve) la ropa es pantalón largo, buzos de cuello alto de lana, campera con gorra incorporada que cubre parte del rostro, bufanda, y las manos quedan cubiertas por las mangas muy largas de sus camperas llamadas “Canguros” ¡Vaya nombre!

Muy temprano, 5 o 6 a.m., los dos amigos van a sus faenas. Para ellos todo lo que sea construcción no tiene secretos, como no los tiene todo lo que sea labranza. Digamos que sus labores cotidianas son como las manos, la cabeza la usan poco, mejor dicho, la cabeza la usan sus patrones, ellos cumplen órdenes. Ahora están trabajando para Juan de Dios de la Cava que les tiene confianza. Este patrón tiene propiedades en una zona cerca de un arroyo, donde vivieron pobladores hacia 1882, cerca de la ciudad. Según acotan hay abundancia de predios que fueron de generales que tenían poder sobre la población. Se conservan restos de edificaciones, la Quinta de... la Chacra de... el Museo... con espacios verdes de quintas de otrora. Se destacan también árboles y otros seres botánicos centenarios a los que se cuida mucho.

Hete aquí que mis coterráneos fueron a trabajar a un predio de su patrón. Desmalezaron la zona y colocaron cañerías para surtir estanques y parte de la vivienda, y se fueron.

Temprano, al día siguiente, fueron y hallaron el predio bajo las aguas, como en el diluvio. Baldes en mano sacaban agua y la tiraban a la calle, pero su nivel crecía y ya les daba más arriba de la cintura. No sabían nadar y optaron por irse con el farol que habían dejado en el árbol, a buscar al patrón.

Recorrieron las calles, mojados y con barro, y con el farol encendido de día como Diógenes, el filósofo ¿os acordáis? Diógenes con un farol buscaba un Hombre con mayúscula, en Grecia, a la luz del sol.

Resumiendo, vino el patrón, cerró la llave del agua, y la inundación fue bajando.

II

Siguiente día. Los dos trabajadores buscan a quien delineó, dibujó los planos sanitarios. En el domicilio le dicen que en un accidente quedó en estado crítico y está en el CTI en tal centro de salud y no puede recibir visitas. No se amilanan ¡qué va! La señora del accidentado vive, no estaba en el auto que chocó. Ellos, muy corteses, vuelven al domicilio.

-Queremos pedirle a su esposo que borre unos caños del plano, que reforme los dibujos. En forma cortés pero firme, ella responde que el herido tiene un respirador para mantenerlo con vida, que no puede hablar.

-Mire- dice Alfonso- vaya y quíteselo por diez minutos y que le diga cómo arreglamos lo de los caños, pues hay una planta en el medio, y los caños pasan por ahí. Deben hacer un rodeo para salvarla.

Sin entender que el respirador no es algo que se saque por antojo (muere el paciente) se van sin comprender, tampoco, que el plano no se borra, debe hacerse otro nuevo, otros trámites, etc.

Caminando, ambos comentan lo vivido.

-Pensar, Narciso, cómo se cuidan los pinos de la quinta del general, la higuera, el sauce del arroyo.

-Sí, dice Alfonso- y no quieren desviar toda la cañería para salvar la malva que está en ese camino.

-¡No se puede creer! Dicen al unísono.

Hermenegildo y Eulalia

Dorados años de la década del 50. Por cuarta vez los uruguayos eran campeones mundiales de fútbol. El barrio tenía la alegría en el corazón aún después de 2 años.

En la cuadra recordábamos a Doña Iracema, nacida en la frontera con Brasil, del lado de ese país, brasileña, radicada aquí en el barrio, se sentía criolla pese al idioma. Aquel 16 de julio Doña Iracema, mate y caldera en mano, tiró ésta hacia arriba, esquivando el agua caliente, y gritó en brasilero en dúo con Solé: ¡¡Gol, Gol uruguayo!! Abrazos con vecinos del lugar, cantos, risas, lágrimas. Felices años.

Los hermanos Eulalia (Ulalia decía ella) y Hermenegildo Martínez Rodríguez. Afincados en el barrio, provenían de un lugar campesino no muy lejano: Cañada Seca. No tenían familia. Solteros ambos, únicos vivientes de 6 hermanos, se ayudaban y conocían uno al otro. Eran parecidos no solo en lo físico sino en lo espiritual. Rostros aceitunados, cabellos negros, ojos pequeños, castaño oscuro, estatura regular, rostros serenos y algo sonrientes, inocentes. Creían en Dios y en la buenaventura, reliquias, santiguados y otras cosas.

Hermenegildo era changador en el puerto. Todos los mediodías Eulalia le llevaba el almuerzo. Curiosos le dijeron que para qué hacía eso, sobre todo cuando llovía. El ómnibus pasaba a ocho cuadras de allí y el tranvía no tenía ese destino.

Un día se supo el por qué. El hermano comía al lado del gato barcino de ellos, si no, no comía. Así que ella llevaba muy acomodados en bolsas de dos asas, gato y comida.

A veces conversaban con los locatarios de allí y éstos oían cosas nuevas:

-Mire Doña, yo sé bien lo que le digo, me lo dijo San Francisco, los perros no deben comer carne cruda- ó – San Francisco me dijo que el líquido carrel es lo mejor para desinfectar.

Y así seguían las historias.

Un día estaba enferma y su hermano no recibió almuerzo, ni gato.

Salió y volvió al rato. Su vecina al verla le preguntó por su salud.

-Mire- le dijo- hablé con San Francisco, y me dijo que fuera al Dispensario del Paso a hacerme una placa. Pero San Francisco, le dije, yo tengo una reliquia hecha por Doña Micaela, la que me santigua, y no me la saco ni por mil placas. Don Manzanares sabe eso, siempre hablamos cada semana, cuando voy por el pedido.

Eulalia había tenido una gripe severa y ya estaba bien. La vecina la visitó en su enfermedad, le llevó sopa, y otras cosas. El hermano estaba en la casa -escaseaban las changas esa semana.

Eulalia, respetuosa, llamaba a la gente Don, o Doña. Al dependiente de la farmacia San Francisco le decía San Francisco, al de la cadena de almacenes Manzanares, Don Manzanares. El almacenero de El Peso Justo era Don Justo, y el boletero del cine, Don Miramar. También para su hermano.

Supo el párroco del lugar el caso de la señora que hablaba con San Francisco, y rió de buena gana al conocer la verdad.

Yo era una niña escolar en aquellos años... ellos andarían por los cuarenta y tantos.

Historias de barrios en los que viví

Pobreza -1

Mediados de la década del 40. Elena habitaba con su madre una cocina de una casa antigua. El acceso a la casa era a través de un portón, con candado todas las noches, y un sendero de unos cuarenta metros desde este hasta la casa. Esta estaba dividida en dos sectores. Uno de ellos lo alquilaba Don Pedro, cuya compañía era un ovejero alemán llamado Zorro, él trabajaba en un frigorífico. En la otra mitad, a la cual se accedía por un corredor, pasando el patio con enramada, al frente, había una habitación donde vivía Don Fermín, el dueño. Tenía una puerta dividida en dos en forma horizontal. Cerrando la parte inferior, la otra oficiaba de ventana. El corredor era cocina y lugar de recibo. Don Fermín tenía ocho hijos casados y cada día comía en casa de uno de ellos.

La cocina tenía fogón, piso de baldosas coloradas, una ventana muy chica y puerta de madera. Elena tenía una cama de hierro de un metro cincuenta. No tenía elástico, solo algunos alambres, los suficientes para acostarse y no caer. Sobre ropas gruesas, que formaban como un colchón, se podía descansar. La otra cama, de plaza y media, de hierro, tenía una pata rota, atada con alambres y apoyada en una piedra. Allí dormía la madre.

Una mesa muy precaria, de listones muy viejos y diferente medida y grosor, dos taburetes, cajones de jabón de piso (donde se guardaban ropas, documentos, etc.) eran el mobiliario. Había un primus y un brasero.

En el terreno lindero, edificaron nuevos dueños. La ventana que daba hacia él, se clausuró, de forma que la ventilación era por la puerta de la cocina.

Había manantial de agua salobre en el patio, con brocal, roldana, cadena y balde. Un baño de material a unos diez metros de la casa, de uso colectivo, completaba la edificación. Arrimado a él existió un gallinero de paredes de caña (del cañaveral del costado del baño).

Don Fermín cubrió con barro esas paredes de caña, menos la que lindaba con el baño, puso latas como techo, puerta de latas y algún trozo de madera, y así quedó otra vivienda. Por la cocina recibía \$ 2.60 por mes. Por lo demás, no se sabía.

La mamá de Elena tenía un subsidio por enfermedad, y no podía trabajar. Ya no podía lavar pisos de rodillas en el bar de Nuevo París, ni piletones de ropa blanca y de color, en aquella azotea de Doña Aurora de la cual cayó y se lesionó.

No tenían reloj, así que iba al expendio de leche que abría a las 5 a.m., a las 2, 3 ó 4 de la madrugada, traían pan a \$0.13 el medio quilo (una pieza pesaba eso), y a veces un paquete de carne a \$ 0.15. Casi siempre era puchero. El paquete venía cerrado, no se podía elegir. Ç

Preguntaba la hora a algún ciclista que pasaba a trabajar a alguna empresa de la zona (17 cuadras por lo menos). Bao, Vidplan, Ferrosfalt. Si era muy, muy temprano o no veía a nadie, volvía a su casa, tomaba mate y volvía a ir.

Esa madrugada de verano fue como siempre. Dejó la vela encendida y la puerta abierta. La luna alumbraba. Don Fermín le dejaba la llave del portón en el corredor.

Elena dormía. Tenía trenzas largas sobre las sábanas, menos mal, el calor no permitiría el pelo suelto. Antes de dormir, las trenzas. Al levantarse, otra vez, y así siempre. Algo la despertó. La vela apagada, no tenía fósforos cerca. Por la cortina de la puerta divisó a un hombre, menos alto que la puerta, pero más alto que ella. Saltó de la cama y corrió descalza al gallinero, casa de Doña Ester. Vio saliendo por el portón al desconocido que se iba. Doña Ester le abrió, y ella entró descalza como estaba, el piso era de tierra, como el patio.

Así supo que antes ocupó la cocina una persona a quien visitaba ese señor. Pero no estaba más, se ve que regresó, y al no verla, se fue.

La madre de Elena, desde el día siguiente, la llevaba con ella al Expendio. Verano, invierno, lluvia, todo era mejor que pasar otro susto.

Así pasó un año más. Terminó tercer año, feliz con la escuela donde podía jugar con otras niñas. En su casa no tenía esa posibilidad. Trayendo agua en baldes de 10 litros cada uno desde unas 3 cuadras, haciendo mandados.

Pobreza-2

Don Joaquín vivía solo. Tenía esposa, hijos. Cuando supo que su esposa, por un accidente, tenía casi ninguna posibilidad de vida, fue vendiendo todo lo vendible, algunos muebles, ropas, etc. Perdió la vivienda por no pagar el alquiler. La diabetes y una tuberculosis ya no lo dejaban seguir. Fumaba tabaco que armaba con hojillas Jaramago Olla.

Elena era su hija, y dos varones más, adolescentes. El mayor de ellos vivía en una pieza en casa de inquilinato, era peón en una fábrica. Eran épocas difíciles. De noche estudiaba. Tenía estudios terciarios, pero no había trabajo de esos. Así que lo único que pudo hacer por Don Joaquín fue alquilarle a Don Ambrosio (gallego él) una pieza de chapas y piso de tierra, al fondo de la casa del español, en \$ 7.90 por mes. Eran dos alquileres ¡adiós sueldo! Comía lo que podía y cuando podía, y se esforzaba en mejorar.

Un Año Nuevo se juntaron los tres hermanos (uno vivía en el interior) y con una botella de grapa miel de regalo fueron a visitar a Don Joaquín. A los seis meses, don Joaquín murió. Habitaba en una ex caballeriza. Como ya no había caballo, se la alquilaron a él. El mueble que había era una cama cubierta por andrajos. Se destacaba un sobretodo a cuadros, colorado, que ella reconoció (sin decir nada) que estaba en la casa, hacía cinco o más años.

Don Joaquín escribía en una tarjeta de unos diez centímetros de largo por cinco de ancho, con unos pajaritos impresos y con manchas rojizas, una canción tipo nana infantil que le cantó a su hija cuando esta aún hablaba a media lengua y le decía a su hermano mayor: “levantate que tocan las *pampanas*”, por el sonido de la Iglesia llamando a Misa de seis. El hermano tendría diez u once años, y ella nueve menos.

La tarjeta quedó sin terminar de escribir, al llegar sus hijos.

En julio de ese año, que ya no era nuevo, murió Don Joaquín con los ojos abiertos. Aún parecía que miraba a sus hijos con el brillo feliz de aquel único Año Nuevo. En vano fue poner monedas de un real, amarillas, pesadas, con el puma en el anverso, pues estas rodaban y caían en el féretro. Numerosos intentos dieron al fin resultado. Aquellos ojos verdes se cerraron para siempre: únicos entre todos los de la familia, tíos, primos, etc., quedaron para siempre en el corazón de Elena. Pasaron décadas y aún hoy permanecen como luz en el recuerdo lejano.

Su hermano mayor también tenía ojos verdes, segundo caso pues en toda la dinastía. Ya no está, pero su mirada y sus ideas son aún hoy el báculo que sostiene a Elena.

Cabe mencionar que el predio donde estaba la caballeriza, tenía casa de material, habitada por el dueño, agua corriente y calle de hormigón, detalles que encarecían el alquiler.

Pobreza-3

Vendrán los Reyes...

En invierno del 45, Margarita vivía con unos familiares, por estar accidentada su madre. Tenía siete años. Antes de eso, a los cinco, oyó hablar de los Reyes pues a un hermano, en el hospital donde estaba internado por la difteria, los Reyes le habían dejado un libro con preciosas láminas: “Los enanitos jardineros” de Constancio Vigil, que tenía una canción escrita

*“Cierra los ojitos
ciérralos, mi bien
que no hay luz ninguna
dentro del tonel*

*Ya los enanitos dormidos están
pronto mi tesoro también dormirá”*

Margarita no sabía leer, pero al ver el dibujo del tonel donde dormían los enanitos, y a ellos con alegres ropajes, y a su hermano pasando el índice para no perder el renglón, al leer, hizo lo mismo, y decía que ella leía. Había memorizado la canción, el resto del libro no podía leerlo.

Por la calle Yapeyú no pasaban “Los Reyes”, solo muy pocos vendedores de verdura, algún aventurado heladero con carrito un día de verano.

Pero en el barrio donde ahora estaba, parece que sí. Ese cinco de enero a dormir temprano, y no abrir los ojos hasta que la llamaran y/o prendieran la lámpara a queroseno, los mayores.

De madrugada sintió pasos casi inaudibles, entreabrió un ojo, por los vidrios se veía claridad más allá del manantial.

Su tío, levantado, tal vez porque oyó pasos, pensó, y cerró y apretó bien los ojos.

Cuando la llamaron tenía en las zapatillas un cuaderno de doble raya, chico, una naranja y una moneda. Lo mismo su prima. La orden fue: “la moneda a la tía para la comida” Eran ocho a comer, la naranja era el postre, oh delicia, y el cuaderno para marzo, para la escuela.

¡Qué alegría! Ya no habría de mirar el diario para memorizar letras (sin orden, vocales, consonantes) y anotarlas de memoria con un palito en el patio de tierra, sin saber qué decían.

En abril, leía con corrección del libro, del diario o de cualquier cosa escrita. Aprendió en ese mes de

escuela que no valía decir de memoria “oso” “pala”, etc., viendo el dibujo alusivo, había que unir las letras, formar palabras y frases, poner el nombre.

Gracias a aquellos únicos Reyes de su dura, durísima infancia, tomó amor por las letras hasta hoy, fines de 2008.

Y pienso que seguirá amando el Lenguaje hasta el fin de su vida.

Diciembre, costumbres sin sentido común

Desde hace años reflexiono, sobre todo en diciembre, sobre los festejos navideños y de Año Nuevo.

De niña, en donde viví, no había festejos de nada en todo el año.

Reyes ¿Qué es eso?

Cumpleaños, Navidad, eran días iguales a otros, con el calor del verano, sin agua corriente, aljibe o manantial.

Ya mayor veía movimientos festivos: música, luces, arbolitos navideños, personas comprando bebidas con alcohol, efervescentes con burbujas y estruendo al destaparlas, mientras el corcho quería escapar y subía alto.

En esos tiempos se oían villancicos (qué tiempos), de la Parroquia salían jóvenes el 24 de diciembre de noche, y visitaban casas de familiares, y todos cantaban “Campanas de Belén” “Adeste Fideles” y otros. Luego bebían una copa de refresco muy conocido.

Se veían luces de bengala, desde el cerro irradia el cielo preciosas luces artificiales.

El 25 era de rigor visitar el pesebre en la Iglesia y ponerle jazmines de cabo.

El Niño parecía como de un año, pero tenía menos de un día ¿Por qué era así? Siempre pensé en eso, al igual que todos los que vimos niños recién nacidos.

Pasaron muchísimas navidades. En estos tiempos de lenguaje extranjero en forma cotidiana, diet, light, las navidades son diferentes.

El rock, la cumbia y otros ritmos lesionan los oídos por doquier. Los cohetes, a cuál más ensordecedor, se adueñan de la noche.

Ya no hay pesebres, excepto los de verdad, en el campo.

Ahora es el arbolito y los niños dicen viene Papánuel. En la Ciudad Vieja el 31 los distraídos peatones que van al Maciel, por su pariente grave, o algún otro menester, vuelven mojados si no llevaron paraguas.

Desde pisos superiores algunos “festejan” tirando baldes de agua (solo el agua ¡el balde no!) a los que deben pasar por esas veredas. También caen papeles, agendas, etc.

Si al salir de sus empleos, los peatones los ensoparan así ¿qué pasaría?

La gastronomía navideña y de fin de año se retrotrae a otros siglos, otros países donde diciembre les regala nieve y muchos grados bajo cero. En Uruguay son unos 32 grados en esos días. No se reúnen en torno a una estufa a leña junto al árbol donde Santa Claus dejará regalos, pero sí comen turrón con maníes, pan dulce con... ¿nueces, piñones? Frutas brillantadas preparadas no ayer, sino hace tres meses y con conservante. No hay champaña de Francia, hay sidra, refrescos, asado, ensalada de frutas. No hay ponche, bebida caliente servida en pequeños bols, ni turrón de jalva, o almendras, o llamado también mazapán.

¿Por qué no sustituir frutas secas, nueces, avellanas, pan dulce, turrón de maní, por helados u otra cosa de acuerdo al verano?

Pero así es. Quizá no pueda verlo ya, pero un día un grupo de orientales que todavía no se masificaron, razonen y vuelvan a tener sentido común... ¿no les parece?

Imaginando el progreso a los diez años

Elena era una niña como otras de su edad, diez años, tercer año de Primaria. Empezó primer año a los ocho, con su prima de siete, así comenzaban juntas.

Colegio de las Hermanas. Preparatorio era un segundo de ahora: leer, escribir, multiplicar, dividir, sumar, restar, etc. Iba de tarde. Primer año era de mañana y su familia no podía llevarla, preparar el desayuno, etc.

La Directora propuso un examen y pasaron las dos niñas así a Segundo, que era de tarde.

El primer día de clase a Elena le toman la table del 4, que era de Primero. Cachetazo de la maestra (no era Hermana) y aprendizaje en 24 horas de la tabla.

Al mes siguiente, la Srta. María siguió con el curso. Fue un un exitoso año, pero ahora iba a la Escuela Pública por primera vez, en otro barrio.

La Srta. Chela, alta, rubia, de labios y uñas rojas, tacos altos y túnica siempre almidonada ¡cuántas cosas aprendía con ella! A dividir entre dos cifras y tantas cosas nuevas. Era feliz. La Srta. Chela sabía de todo.

Un día, en clase de Geografía, globo terráqueo en el pupitre, los treinta y tantos niños prestaban atención a la lección.

Luego silencio total. Elena levantó la mano y la maestra la dejó hablar.

-Señorita ¿Por qué un avión siempre tiene que volar sobre la tierra redonda y no puede salir de ella, teniendo como “suelo” el espacio?

-Lo que tú dices es imposible, recuerda la fuerza de gravedad de la Tierra...

Era la que sabía más que nadie para ella y agradeció la explicación.

El mundo de ella era el hogar, el barrio, seis cuadras a quince de allí, y la escuela.

Pasaron años ¡su casa tenía luz eléctrica y radio! Además leía “El Diario” todos los días, noticias, historietas, “El Pozo de la Dicha”, especie de hacer con la cantidad de letras el nombre de la persona.

¡Había información! Así se enteró de que había algo nuevo llamado “cohetes interplanetarios”, “Estados Unidos prepara los viajes tripulados”.

Su pensamiento volvió al año 48, lejano, lejano. Ella sin información alguna intuía esos viajes. No sabía que eran cohetes, para ella era un avión de esos que pasaban por el cielo y se veían chicos.

Ya mayor, venerando a las Srtas. Chela, de Tercer Año, Irene, de Cuarto, Quinto y Sexto, que tantas cosas le enseñaron y que fueron base sólida de su formación, las recuerda con admiración y respeto.

Muchas veces se le oye decir. “esto lo aprendí en Tercer Año, o lo sé gracias a la Srta. Irene que tantas clases nos daba, incluso en horas de recreo (no salíamos) para terminar tal o cual tema.

Ahora a veces surgen pensamientos como otrora pero no hay con quien compartirlos. Se vive lo real, lo tangible, lo cotidiano, lo rutinario.

¿Qué es sentido común, raciocinio, filosofía? ¿Con qué se come eso?

Entonces ella se ha retraído y con sus congéneres saluda y a veces habla trivialidades, tiempo, calor, frío, quiniela, etc.

Tenía un hermano superior a ella. Con él hablaba. Ahora ya no está.

El invierno

Setiembre 8, 1963

El invierno con mano de hielo
se lleva la flor azul.
El árbol, sin hojas
bebe los vientos
que azotan su cuerpo desnudo.

Invierno. Lluvia. Viento.
Cielo gris.
¿Nacerá otra flor azul?

BARQUITOS DE COLORES

para un segundo año, abril del 63.

Es otoño. La calle se cubre de hojas secas de diversos colores y el viento juega con ellas.

Tiembla el viento
entre los árboles
que bordean la calle

Brillante espejo
en el empedrado
para ramas y cielo

¡Cuántos barquitos

marrones, amarillos,
morados, rojizos,
quieren navegar!

Resbalan de las ramas
mil naves al pequeño mar
Madre, en esas naves
¿quién navegará?

-En cada una, mi niño
va un capitán amarillo
hacia el país de las hadas

El camino a la aldea

1963, febrero 27
en el ómnibus, recordando, escribí...

Por el camino a la aldea
te hallé
taciturno, silencioso, amante
de un sueño único
en el camino a la aldea
te hallé

En el camino de nuevo
cubierto de rosas blancas
te veo, en mi letargo te veo
lejano, entre nieblas

Mis manos
eterno ruego no oído
desfallecen en espinas
En el camino a la aldea
no estás

El viento y el corazón
fieles aún
han quedado
en el camino

En el camino a la aldea
no estás...

Oculto amor

1963

Pasos livianos
da el viento
camina en silencio;
te busca.

Mudo mensajero

es en esta noche,
y te busca.

Si a tu puerta
misteriosa
no logra él llegar

¿cómo quieres
que te vea
si yo no sé
dónde estás?

Pasos livianos
da el viento
Camina en silencio.
Te busco.

Contado al viento

18/02/1963, lunes

Embarcaré en una barca de sal
embarcaré pescador

No me digas tú por qué
embarcaré pescador

Al reino de la sal fría
yo me iré
no le digas tú por qué

Embarcaré en una barca de sal
Embarcaré pescador

¡No le digas tú por qué
embarcaré pescador!

PLENITUD

21/01/1964

Te busqué
en la estrella, en el río,
en el mar,
en el corazón de un niño.

Te he buscado de noche
por los senderos del cielo.
De día en las leyendas
y cuentos que nacían
en los ojos de los niños

Y allí estabas: ¡en el cielo!
¡Y en los ojos de los niños!

¡Eras perfume en mi alma!
¡Y al pasar, sin saberlo, te derramaba!

El ángel Nardo

A mi sobrinito
Octubre 16, 1962

I
Pequeño nardo
blanco, muy blanco
desde un lucero
vino cantando

II
El aire fino
quedó callado.
La luz del camino
le abrió paso.

III
En el manzano
quedóse el nardo
y aroma de cielo
goza el manzano

IV
Pequeño nardo
blanco, muy blanco
desde un lucero
vino cantando

El Señor con nosotras

Hace muchos años Elena caminaba junto a su amiga Isabel hablando de varios temas comunes. Poco tiempo atrás habían participado de ejercicios espirituales, cerrados, de tres días. Eran alegres, espontáneas, con esperanzas, sueños de veinteañeras.

La conversación tuvo un cambio cuando Isabel le confió a su amiga cuál sería su rumbo:

-¡Quiero ser monja!- le dijo.

Gran sorpresa causó en su oyente.

-Me cuesta creerlo... pero si es realmente te deseo que así sea.

Isabel ya pensaba dejarle a su mamá ropas nuevas que había comprado, etc. Con el hábito, ya no precisaba más.

De pronto ambas hablaban del Señor. Él está siempre con nosotros. “Donde haya dos o más reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos” En forma instintiva Elena dejó un espacio

mayor entre ambas, sentía que Él caminaba entre ellas, a su ritmo, a su paso ¿fue un segundo, dos o más?

Ambas dijeron: “¿verdad que lo sentimos con nosotras?”

Llegaron a su destino y se despidieron.

Pasaron años en que se escribían y se contaban de trabajos, etc.

Isabel se casó en vez de entrar al Convento. Otro amor llegó a su vida, era su destino. La fe está en ella y en su familia y es feliz.

La cadena

Finales de la década de los 40.

Rosita vivía circunstancialmente con una prima de su padre que tenía una hija y tres adoptivos, hijos del primer matrimonio de su esposo, que enviudó y casóse con ella.

Los padres de Rosita estaban separados, su madre a raíz de un accidente que la inmovilizó esperaba el milagro de una operación que la salvara, por eso estaba allí en el hospital. Su padre, con crisis severas respiratorias, sobrevivía a esa época de racionamiento de la posguerra.

Rosita y su prima segunda ya sabían leer y escribir, hasta leían el diario de corrido. Habían recibido la Primera Comunión y sabían el Catecismo de memoria: “En el cielo se goza de todo bien sin mezcla de mal alguno”.

Rosita ansiaba eso. Recordaba a su padre que desde el trabajo zafra de la vendimia, al volver a casa traía uvas moscatel. Eran tan grandes (para ella) que un grano entero no cabía en la boca ¿De eso hacía cuatro años? No sabía.

El sol a plomo en el patio de tierra. Las dos niñas jugaban y de pronto dicen: vamos a pedirle algo a Dios. Se ponen de rodillas y ambas piden que desde ese cielo celeste sin nubes Él les mande una cadena por la que puedan subir*. Rosita piensa que si sube comerá uvas moscatel allá, pero no está segura. Mira de reojo y ve que su prima reza. Sí, es cierto, piensa, la cadena bajará.

Luego de que el dolor en las rodillas por las piedras del patio las hace parar y jugar a otra cosa, ella piensa que esa ansiada cadena no bajará.

Hay que crecer. Tal vez un día mamá mejorará y la llevará con ella.

**Las niñas pensaban que Dios cada tanto tiempo enviaba una cadena a la tierra, no una escalera u otra cosa. Por la cadena se subía; idea de la prima de Rosita.*

CUENTOS INFANTILES

La leyenda de la violeta, o La niña de las violetas

Vivía la niña en un prado de verdes árboles...

Cierto día en el que con un cristal dejaba filtrar los rayos del sol, sobre colores de allí, un color

violeta-añil quedóse sobre unas hojas. No quería ir con los otros seis colores, se consideraba feo, no lo querían y se quedó.

La niña iba a guardar el cristal cuando lo vio. El color suplicaba que no lo enviase con los otros, quería vivir escondido en ese prado.

Y allí lo dejó. Cayó la noche, con ella el rocío y de cada gota se formaba un perfumado pétalo.

Amaneció. El prado aquel tenía nuevas flores, pequeñas, perfumadas, de un oscuro tono violeta, rodeadas de hojas verdes que casi ocultaban a las tímidas flores nuevas.

La niña hizo una diadema con ellas un día y otro, para sus largos cabellos.

NERUYÍ Y EL PÁJARO GRIS

Vivía ella en un palacio de cristal, era Princesa.

Las flores hablaban y reían, el sol iluminaba más que nunca. El castillo se veía así más bello. Neruyí contemplaba las hermosas aves del reino, pero vio una diferente. Era gris. Le acercó al pico un talismán que ella llevaba siempre. El pájaro lo tomó en su pico y se transformó.

-Soy el Príncipe Fuego Azul- le dijo- mi gratitud hacía ti que me quitaste el hechizo que tenía, no tendrá fin. Envíame una violeta blanca con un pájaro de aquí y yo vendré.

Un día las águilas la raptan y la llevan a una escarpada montaña.

Las aves del castillo no pueden volar tan alto. Neruyí, llena de tristeza, ve en la montaña unas flores blancas, olorosas ¡son violetas blancas! Las esparce y caen montaña abajo. El viento forma con ellas una espesa lluvia de pétalos perfumados.

El Príncipe al verlos, escala hasta la cumbre y rescata a Neruyí. Y un carro de luz la lleva más allá del lago encantado, al reino de ella.

Luego del regocijo de su familia, la Princesa se casará con el Príncipe y vivirá feliz en otro reino cercano. Allí dicen que hay por doquier violetas blancas, las preferidas de Neruyí y Fuego Azul.

La leyenda de la frutilla

Entre tantas historias, relatos, escritos, que Elena me confió, está el del título. No poseía ya el escrito, que fue redactado para una clase de práctica cuando era estudiante (clase de niños de cinco años).

En un bosque grande, hermoso, con altos árboles, un quintero de la zona tenía permiso para tener una huerta.

Construyó un espantapájaros con cañas y ramas. Lo vistió con viejos y coloridos ropajes y le puso un sombrero.

La cabeza era una calabaza hueca, tenía ojos, boca, nariz. Su nombre: CALABACÍN. El estaba solo, vigilante, espantando con sus brazos livianos, movidos por el aire, brisa o viento, a los pájaros

que querían comer de la huerta.

Cierto día una mariposa de alitas verdes, posó en el hombro de Calabacín. Y así, todos los días. Se hicieron amigos.

Un día, no se supo por qué ¡Susto! ¡Miedo! El bosque ardía y con Calabacín podría desaparecer.

Todos los del lugar corrieron con baldes de agua, ramas o lo que fuera, y apagaron el fuego.

Calabacín no estaba. Tampoco la mariposa verde.

Los niños que lo querían lloraban. De pronto, uno vio algo rojizo, era una fruta, con hojitas verdes. El corazón de paja del espantapájaros era una frutilla y las hojas eran las alas de la mariposa que lo protegió hasta siempre.

Si veis una frutilla, tiene forma de corazón y pequeños puntitos negros (de la paja quemada) las hojas verdes, frescas, son las alas aquellas de una inquebrantable amistad.

Y desde ese día, se conoció esa nueva fruta tan sabrosa.

Lejos de atemorizarse por el fuego en el cuento, la reacción de los niños fue de gozo. Bellos dibujos coloridos, alegres, armado de Calabacín con materiales desechables, completaron la tarea de aquella lejana mañana, en una clase de Pocitos.

Cumpleaños de Varela

Sucedió en Montevideo, se cambiaron nombres y lugares

Comenzaban las clases del año lectivo en días. En el rancho de Juan ya estaba la túnica acrocel talle 6, la moña sin talle, las alpargatas, cuaderno, lápiz y goma. El libro lo prestaba cada Centro Educativo, había oído él.

Había entusiasmo por doquier. El hijo primogénito, el mayor de los seis, iba a ir a clase.

El chiquilín era vivaracho, aprendía con rapidez todo lo que podía, en su entorno. Sabía de bichos, plantas, sembrados y otras cosas. En la escuela sería el primero, no cabía duda- pensaba Juan.

Don Juan solo había cursado primer año. En su niñez había que “yapar” (dar o recibir yapa, premio o complemento) el jornal del padre para completar el mantenimiento de hermanos menores.

¡Cuántas cosas quería saber de la escuela! ¿Cómo se fundó, por qué, quiénes fueron sus amigos?

En su mente había un nombre, respuesta a sus preguntas, Don José Pedro Varela. Sabía Don Juan algún verso de la canción que oyó por allá dedicada al Maestro Varela. No la sabía toda, no, solo algunos versos sueltos. Recordaba mientras mateaba bajo el ombú: “sembrador de abecedarios” “Pastor de la escuela” “Jamás morirá” “Quiere, quiérello”

-Pa, el hombre era sembrador, pastoreaba ovejas tal vez, en la escuela rural que tendría pasturas. Las semillas “abecedarios” no las conocía. No se vendían.

Además tenía un club de amigos: “Amigos de la Educación Popular” Sabía que en ese club formó una escuela gratuita para los gurises, en épocas en las que había que tener plata para aprender.

Hasta sabía que la escuela se llamaba Elbio, nombre de un reconocido amigo de esa Sociedad.

¡Cuánto sabía!

Tenía un deseo inmenso de conocer a Varela. Tenía una foto, sacada de la tapa de un cuaderno, dada por un gurí de la zona.

Sería mayor su admirado ¿cuántos años tendría? Más que el padre y hasta el abuelo de Don Juan.

Al otro día montó el zaino y fue a la escuela. La directora y dos maestras hacían trabajos previos al inicio de las clases. Escuela Rural. Se apersonó a la Srta. que tendría alumnos de primero a tercero.

-Señorita, queremos venir al cumpleaños de Varela, pero dígame ¿Varela viene?

La maestra quedó emocionada cuando aquel hombre en poquitas palabras le habló de su admirado Sr. Con tacto, y midiendo palabras le dijo que no vendría. Y pensó “ojalá hubiera muchos Don Juan apasionados por episodios de nuestra historia, aunque la conozcan en forma fraccionada. Es la inocencia del niño en el corazón del hombre lo que hizo que este señor viniera hoy”.

Al salir del Mausoleo

Al salir del Mausoleo en Plaza Independencia, un grupo de escolares de cuarto año que con un silencio asombroso y con orden único habíanlo visitado. Aún estaban como deslumbrados, y luego de pasar frente a los blandengues erguidos, serios, vista al frente, los observaron.

Rompió el silencio una niña, la más curiosa del grupo:

-Señorita ¿son de verdad?

Parecía, para ellos, que no eran de carne y hueso. Inocencia infantil formadora de ideales y admiración por lo nuestro.

El niño Ernesto

Una maestra me lo contó. Ernesto, ocho años, era la alegría de todos. Ayudaba a los compañeros algo rezagados, organizaba juegos de pelota en el recreo, fútbol, sobre todo. Era vivaz, prolijo, obediente, cumplidor y mucho más. Le obsesionaba la prolijidad, deberes, tareas, lugar de juegos, etc.

Un día no veía el pizarrón desde el segundo banco, tenía lentes pero igual. Terminaba el año lectivo, y se lo envió a estudios por ese motivo. En Navidad hizo crisis quedando sin movimiento alguno, y casi sin visión. La maestra se enteró en enero, y fue al hospital. Acostado boca arriba, con los lentes puestos, oyó cómo su mamá hablaba con la maestra. Esta le dijo:

-Ernesto ¿cómo estás?

-Maestra, la oigo pero no la veo. Mire usted que ve bien, estoy desprolijo. Mi mamá me dice que aquí hay hilo azul -(se tocó la cabeza)- y aquí hilo negro (se tocó el pecho).

Presentaba un tumor en la cabeza, no operable aún. La costura era visible. De la cabeza, por dentro, bajaba un tubo hasta el estómago, para drenarlo. Por eso las costuras.

Volvió semanalmente todo el verano a verlo. Se recuperaba, pero el tumor estaba muy extendido y tocaba centros vitales. Siguió los estudios en abril. Terminó el ciclo primario. Con enorme dificultad inició el secundario.

Supe que la maestra lo vio cuando él tenía quince años, de la mano de la madre, y el tratamiento seguía.

No supo más de él. Confía en que se haya recuperado. Sin conocerlo, yo también deseo que Ernesto esté bien, y su familia haya salido adelante pese a ese dolor.

Alberto

Elena era docente en una escuela donde había numerosos alumnos en clases muy numerosas. Le gustaba su tarea. Dedicaba más allá del tiempo necesario a su cometido.

Ese día, mes de junio, se trataba el tema: Artigas.

Mediante conversación, observación de láminas alusivas a la época, breves lecturas históricas, entre otros, se había logrado un clima “especial” sobre nuestro héroe.

De pronto Claudia pregunta:

-Señorita ¿Usted lo conoció a Artigas?

Sabido es cómo cuesta a los niños recrear el pasado, pero aquí sucedía que de la manera que se dialogaba y se exponía parecería que la Srta. realmente lo hubiera conocido.

Entonces Alberto, niño mayor para su grado (11 años) le responde a Claudia:

-Cómo lo va a conocer- pausa- (¿La Srta. no pudo haber vivido en aquellos 1764- 1850...?)... y continúa el niño- Lo habrá visto de lejos nomás.

Para él, según supo minutos después, eran tan destacada la figura del Prócer que en una docente común no podía haberlo conocido. Solo lo podía ver de lejos, algo así como quien en una multitud ve al Papa.

No importaban los cientos de años de diferencia para el niño; sólo sabía que nuestro Prócer es tan grande, tan destacado, que solo la Señorita pudo verlo de lejos.

El objetivo estaba logrado, se valoraba a los ojos de los 35 pequeños, la magnificencia de Artigas. La Srta. lo había logrado.

Albertito dejó la escuela, trabaja y es un joven correcto.

El gato

Tarde de verano. Alvarito y Natalia, de 4 y 3 años, están con la compañía de “Manchita” (gato pequeño aún, blanco y con una manchita negra en el lomo). Sus padres están en sus ocupaciones.

Doña Blanca (vecina) cuelga ropa en el patio.

Silencio, hora de siesta en esas viviendas. Los niños no duermen y deciden vestir al gato. Lo hallan durmiendo en un cajón junto a la ventana. Lo inmovilizan y con el tul mosquitero de la cama chiquita, lo envuelven. Sobra tul, que cuelga del cuerpo del felino. Este no se ve, entre su pelaje blanco y el ropaje blanco. Ya no araña...

De pronto, por instinto, el animalito huye de sus amos-captoreos y por la ventana abierta del dormitorio (casa dúplex) huye.

Menudo susto para Doña Blanca, que ve volar sobre su cabeza tules blancos movidos por la brisa, de los cuales penden algo como cuatro patitas...

El gato era libre... costó bajarlo del paraíso donde buscando refugio quedó amarrado en las ramas verdes.

Parecía que el árbol diera flores blancas como colgantes glicinas, producto del desgarramiento de los tules.

En el Castillo

No tenía escape. Sabía que era el final. Las torres blancas daban sombra sobre él.

Los caballos briosos y blancos podían saltar y aplastarlo. No había escape. La reina ya había sucumbido, al igual que sus servidores desde el último en categoría, al de mayor rango. El rey se resignó a su destino. Altivo hasta el final, moría derrotado, sin gloria, pero con honor. Estaba rodeado. La muerte era blanca, no negra. Erguido siempre, esperó su llegada.

Silencio. El reloj marcó el tiempo que vencía ya.

Y se oyó la voz fuerte y clara del otro lado de la mesa redonda en el Castillo.

“Jaque-Mate” y terminó la partida de ajedrez.